



EL CRISTIANISMO Y LA IDENTIDAD RELIGIOSA DE EUROPA

Xabier Pikaza

Europa es una historia convergente pero múltiple de pueblos y culturas en la que han influido poderosamente dos factores: un ideal más cristiano de trascendencia y libertad y una práctica más greco-romana de racionalidad humanista y política. Otros elementos (incorporación de poblaciones germanas o eslavas, presión musulmana, conquistas geográficas, ilustración científico-racional, revoluciones burguesas, capitalismo...) vienen en un segundo momento y así los iremos indicando en la segunda parte de esta exposición.

Partiendo de ese doble principio (cristianismo, racionalidad greco-romana), quiero poner de relieve la aportación del cristianismo, al que tomo, por motivos prácticos, como un eje en torno al cual pueden entenderse los restantes elementos que van configurando la identidad de Europa, a lo largo de una historia que iré describiendo como punto de partida y referencia para entender su realidad y tarea actual. Ésta no es una historia terminada, pues en ella seguimos habitando y sólo a partir de ella nos podremos seguir llamando europeos.

Europa tiene otros principios y ejes, pero aquí he querido describir su historia y plantear su actualidad a partir del movimiento cristiano, cuya inspiración básica sigue siendo el recuerdo y la vida de Jesús, testimoniada por los apóstoles y narrada en los evangelios, que forman una de las posibles cartas de identidad de Europa. En esa historia empieza siendo esencial el judaísmo y después (casi al mismo tiempo) la cultura griega y el orden social romano. Sobre esos principios y los que siguen, en parte ya citados, iré trazando algunos aspectos esenciales de la discutida identidad cristiana y religiosa de Europa¹.

1. *Principio israelita, judaísmo.* Hubo un momento, hacia el año 150 d. C., en que diversos grupos de tipo

semi-gnóstico, entre ellos el de Marción, intentaron separar el cristianismo de su base israelita, convirtiéndolo en una religión de experiencia interior y organización intimista, en la línea de las religiones orientales (de la India), con una Escritura excluyente, centrada en Pablo y Lucas, sin el Antiguo Testamento de Israel y sin las formas de organización que derivaban del carácter social del judaísmo.

La Iglesia en su conjunto reaccionó de una manera ambivalente. Por un lado, defendió su origen israelita: ratificó la Escritura de Israel como Antiguo Testamento y asumió muchos elementos sacrales de la institución sacerdotal de Jerusalén, siendo en ese sentido más judía que la misma sinagoga rabínica. Por otro destacó su independencia respecto al judaísmo: introdujo en la Escritura algunos textos propios (Nuevo Testamento) y organizó su vida y liturgia de una forma totalmente independiente respecto de su matriz israelita. De esa manera, a partir del 200 d. C., la iglesia se descubre y expande de manera autónoma, como un «cuerpo» social y religioso multinacional, separándose cada vez más del judaísmo, que recorrerá su propio camino de fidelidad nacional, tal como lo expresa la Misná.

Ciertamente, la iglesia cristiana ha conservado una raíz israelita, pero la ha reinterpretado de un modo peculiar, destacando, por un lado, los aspectos más sacrales de su organización (jerarquía episcopal, culto eucarístico) y abriéndose, por otro, a la totalidad de formas culturales y sociales del imperio, especialmente en su forma griega y latina. Ella aparece así como una institución católica, es decir, universalista, pero desde una base amplia que se abre a todas las clases sociales, en contra de otros grupos que podían ser universales, pero de un modo elitista (estoicismo, filosofía cínica y las mismas comunidades

gnósticas o incluso herméticas). De esa forma introduce en el imperio romano la experiencia espiritual, ética y comunitaria del judaísmo, pero de un modo universal.

Partiendo de aquí, podemos y debemos añadir que la identidad cristiana de Europa está esencialmente ligada al judaísmo de dos formas esenciales. El judaísmo ha penetrado en Europa a través del cristianismo, en su forma mesiánica y universal. Al mismo tiempo, el judaísmo nacional y separado ha seguido existiendo e influyendo hasta hoy en Europa, tanto en un plano positivo (sin su aportación no podría entenderse nuestra historia) como reactivo (a la historia europea pertenecen las expulsiones y persecuciones de los judíos, desde España a Alemania, por poner dos ejemplos). Ciertamente, el judaísmo es más que Europa (se ha desarrollado también en el mundo babilonio-persa y musulmán), pero pertenece también a la historia e identidad actual de Europa (y de Estados Unidos de América). Tanto por su origen como por su cercanía e implicaciones sociales, el problema actual del Estado de Israel (aunque de hecho parezca estar al exterior de sus fronteras) es un reflejo importante y conflictivo de la historia de Europa que sólo puede encontrar su identidad en la medida en que integre en ella grupos distintos y autónomos, que a veces parecen negar su identidad².

2. *Cultura griega, helenismo cristiano.* La relación entre Israel y el helenismo había sido, desde antiguo, causa de enriquecimiento para el judaísmo, pero también de conflictos, reflejados de manera ejemplar en los libros de los Macabeos (del 180 al 140 a. C.). Muchos hebreos de Alejandría (donde se había traducido la Biblia al griego, en el texto llamado de los LXX) quisieron elaborar, en tiempos de Jesús, un tipo de simbiosis con el helenismo, de manera que algunos intelectuales llegaron a pensar que el imperio romano podía hacerse a la vez griego, judío y romano. Pero tras la guerra del 67-70 d. C. y los conflictos posteriores, el judaísmo nacional se replegó, como cuerpo social separado de Roma y Grecia.

En contra de eso, los cristianos aceptaron la cultura y lengua griega, por considerar que ella era universal, es decir, «racional», vinculando las dos tradiciones (israelita y helenista), dentro del gran imperio romano que era para ellos la ecúmene o mundo habitado. Así aceptaron el griego y el latín como lenguas comunes y en ellas leyeron su Biblia (los LXX, la Vulgata posterior) y elaboraron sus doctrinas teológicas y religiosas (el Nuevo Testamento). Hasta el día de hoy, para bien (y también para mal, por la limitación de esa cultura) la iglesia cristiana ha tendido a pensar en forma helenista,

en gran parte platónica, formando así lo que podemos llamar cristiandad europea.

Sólo en ese contexto helenista se puede entender la organización social, cultural y espiritual del cristianismo, empezando por sus estructuras administrativas. La cultura griega, en su forma popular estoica y platónica, había destacado el valor sagrado de la *jerarquía*, es decir, del orden escalonado de la realidad. Conforme a esa visión, los seres van descendiendo progresivamente, desde el Bien más alto (Dios) hasta los estratos más bajos, pasando por las jerarquías angélicas y humanas, propias de los sacerdotes y ministros. Esta visión era imposible dentro del judaísmo rabínico, que veía a Dios como pura trascendencia, pero se hizo posible y, en algún sentido fue necesaria, para el cristianismo helenista, que se configuró así como una cultura sagrada y se encarnó en las formas sociales y filosóficas del mundo griego, con su filosofía y su orden racional.

Ciertamente, el helenismo es más que lo recibido y transmitido por el cristianismo. Griegos son los dioses y la tragedia, lo mismo que el culto a la belleza pura y un tipo de racionalismo teñido de fatalidad, con una democracia elitista; esos y otros rasgos de la herencia griega han quedado silenciados por el cristianismo. Pero debemos añadir que los grandes elementos del helenismo básico, que ha configurado la cultura europea, lo han hecho a través del cristianismo, por lo menos hasta el tiempo del Renacimiento. Es evidente que el influjo griego ha sido desigual en el occidente de Europa que en el oriente cristiano. Pero allí donde la iglesia cristiana se ha extendido en Europa ha sido y sigue siendo esencial un tipo de presencia helenista. Los europeos no somos cristianos «y» griegos, sino que hemos sido griegos siendo cristianos.

Ciertamente, Grecia ha influido de un modo indirecto en otros espacios y tiempos, de la India (reinos helenistas, tras Alejandro Magno) a los países musulmanes (que asumen en gran parte una filosofía griega, a través de Siria). Pero sólo la cultura cristiana europea puede llamarse y es plenamente griega, a partir del cristianismo. Tanto en el Renacimiento como en algunos momentos posteriores de la cultura alemana ha existido el intento de volver de un modo inmediato a Grecia, sin la mediación cristiana. Ciertamente, esos intentos han sido y son, al menos en parte, artificiales, pues ya no existen griegos, al estilo antiguo (en contra de lo que sucede con los judíos, que siguen teniendo su propio pueblo). Pero, el influjo griego sigue siendo básico, pues una Europa sin tensión de libertad racional no sería Europa³.

3. *Derecho romano, instituciones cristianas.* Para liberarse de los reinos helenistas, los judíos habían pactado con Roma, desde los Macabeos (siglo II a. C.), obteniendo después un estatuto de autonomía, de manera que su religión y pueblo quedaron reconocidos dentro del imperio, en el que llegaron a tener gran influjo. Pero, como he dicho ya, en un tiempo posterior (tras el 70 d. C.), muchos se replegaron, formando sinagogas separadas y desarrollando su utopía mesiánica al margen de Roma (y de los estados europeos posteriores).

A diferencia de los judíos nacionales, los cristianos no buscaron una diferencia social como nación: no pudieron ni quisieron tener autonomía como grupo separado, sino que se hicieron griegos con los griegos y romanos con los romanos (como quiso Pablo en Gal 3, 28). Ésa fue una opción difícil, a la que parecían oponerse algunos movimientos de resistencia, como los del Apocalipsis de Juan. Pero la Iglesia en su conjunto se integró en el orden romano, sin renunciar a su diferencia y así tuvo que vivir en una situación paradójica de «clandestinidad abierta», sin estatuto legal reconocido, pero sin convertirse en secta aislada o en grupo intimista (como los gnósticos), dentro de un imperio que representa, hasta hoy, la máxima realización de legalidad histórica.

Esta situación duró más de dos siglos, hasta el 313 (Edicto de Milán) y ella ha definido el pasado y presente de Europa que, a pesar de todos los cambios y tensiones, ha mantenido o redescubierto siempre la diferencia de los dos poderes, que tuvieron que pactar y mantenerse como distintos. Un poder político, que tiene su propia autonomía y legalidad racional, pero que tiene que renunciar a su «divinización», de manera que no puede volverse absoluto. Un poder religioso, que es muy valioso, pero que no puede apoderarse del poder político, ni convertirse en único principio social. Esta separación de poderes aparece en el mensaje de Jesús («Dad al César... y Dad a Dios...»: Mc 12, 17) y que ha sido reconocida de formas distintas por San Pablo (Rom 13) y Agustín (*La Ciudad de Dios*), constituyendo un elemento esencial de la identidad de Europa. De esta forma, entre los Padres de Europa, con Sócrates y Augusto, están ellos, Jesús, Pablo y Agustín, por citar tres nombres esenciales.

Los judíos rabínicos, reconocidos como nación por Roma pudieron conservar sus instituciones propias (sin dejarse «contaminar» desde el entorno). Por el contrario, a lo largo de dos largos siglos de resistencia no violenta frente a Roma y de creatividad clandestina, los cristianos acabaron creando unas instituciones que, de un modo lógico, recibieron el influjo máximo de Roma. En esa línea de encarnación social, los obispos de la



Iglesia, antes perseguida, acabaron pareciéndose a los «prefectos» o vicarios de las «diócesis» del Imperio Romano. Por su parte, el obispo de Roma (el Papa) terminó recibiendo funciones y títulos sagrados del emperador (Pontífice Máximo). Pero, al mismo tiempo, entró en la Iglesia la forma de administración más racional y eficaz de la administración romana, con su derecho autónomo, de manera que nunca se identificaran plenamente Iglesia y Estado, religión y política.

No es que los europeos seamos cristianos «y» además romanos, sino que hemos sido cristianos a través de Roma (nos hemos cristianizado con el Derecho romano). En esta misma raíz, cristiana y romana, se apoya la división y vinculación de poderes, uno político-racional, otro religioso-espiritual, que es aún una de las claves de la identidad y tarea de Europa. Sólo una política que deje espacio social para la religión (cristiana o no cristiana) puede ser europea. Y sólo un cristianismo que reconozca la autonomía de la política (y de otras visiones del mundo, religiosas o no religiosas), dentro de un orden social abierto, podrá ser europeo⁴.

4. *Misión cristiana y creación de Europa.* Sólo el judaísmo de tipo rabínico quedó fuera de la iglesia cristiana, siguiendo hasta hoy su espléndido camino de cultura y vida, dentro y fuera de Europa. Por el contrario, la cultura griega y el orden social romano entraron en Europa y la configuraron por dentro a través del cristianismo. En un sentido extenso, podemos decir que, en un camino problemático, pero generoso, la Iglesia ha creado realmente Europa, tras la caída del imperio romano y de la cultura griega clásica, en su doble forma oriental (ortodoxa) y occidental (latina, católica), en un largo período de reajuste y misión, en el que ha conservado y transmitido elementos esenciales de la aportación griega y romana.

Ésta es la «singularidad» de Europa. Por un lado, ella es creación de la Iglesia (o, mejor dicho, de las iglesias) que han mantenido la conciencia del viejo

imperio greco-romano en ruinas y que han dado identidad y conciencia a los nuevos pueblos invasores o habitantes de las tierras del entorno (sobre todo germanos y eslavos). Por otro lado, ella es más que iglesia, porque, con el evangelio, ella ha transmitido gérmenes de racionalidad filosófica y social, propias del antiguo imperio. Las iglesias que no han recibido este fondo esencial greco-romano (coptas y etíopes, sirias y persas), geniales en otros aspectos, han quedado fuera de Europa y han terminado un poco al margen de la historia mundial.

En ese sentido, no podemos hablar de cristianismo «y» Europa, sino de la Europa cristiana, que ha ido surgiendo a través de la evangelización de los pueblos que antes se llamaban bárbaros. Sólo el sustrato judío es constitutivo del cristianismo en cuanto tal: la Iglesia no puede negar su Antiguo Testamento, ni puede separarse del camino de Israel, pues el día en que lo hiciera negaría a Jesús, se negaría a sí misma. La vinculación de la Iglesia con el pensamiento griego y orden romano ha sido y sigue siendo muy importante para Europa, pero no era esencial para el cristianismo. Teóricamente, las cosas podían haber sido distintas, con otro tipo de cristianismo y de cultura en lo que hoy es Europa. Pero en ese caso no existiría la Europa actual, ni su cristianismo histórico, ni la cultura de Occidente, tal como se ha desarrollado y extendido luego, de algún modo, a todo el mundo.

Esta unión de cristianismo y Europa resulta paradójica, por ambas partes. La Iglesia, siendo europea en sus tres formas clásicas (católica, ortodoxa y protestante), quiere ser universal, creando o pactando con otras formas de cristianismo o de religión que no sean las occidentales. Pero no lo puede hacer negando su pasado griego y romano, sino resolviendo de otra manera los problemas que ella resolvió antaño con la ayuda de las instituciones griegas y romanas, que son inseparables de la historia de Occidente, tal como se ha venido desarrollando en los últimos veinte siglos. La racionalidad europea, de fondo greco-romano, ha superado desde la Ilustración (siglos XVIII-XIX) sus antiguos límites confesionales, vinculados a un tipo de iglesia, para presentarse como razón universal (igual en principio para todos los pueblos, religiones y culturas). De esa forma, la razón particular de Europa ha tenido (y tiene) la pretensión de valer para todos los hombres. De esa forma ha recreado y, en algún sentido, ha superado su pasado cristiano.

La situación resulta paradójica y forma parte constitutiva de esa dualidad de niveles a los que estamos aludiendo, al distinguir razón y cristianismo, poder político-social e instituciones religiosas. Entendido así, Europa es un fenómeno múltiple e inestable y aquí está su limitación

y su grandeza. Por un lado, es un pequeño continente entre otros más grandes (Asia, América, incluso África). Por otra parte, ha tenido y sigue teniendo una vocación «misionera», tanto en plano cristiano como racional, siguiendo la vieja historia de las misiones antiguas para convertir a los pueblos germanos y eslavos (y lituanos y vascones, celtas y magiares, etc.). Aquella misión tuvo elementos de durísima violencia, pero ella se hizo también por contagio cultural. La Europa del futuro sólo podrá tener en sentido en la medida en que sigue ofreciendo a otros pueblos un testimonio cultural y humano, no en línea de imposición religiosa o social, sino de diálogo en libertad⁵.

5. *Los límites de Europa. Modelo islámico, modelo cristiano.* El judaísmo se ha constituido como la federación de sinagogas, que ha surgido tras la destrucción del templo (70 d. C.). Ha sido religión de un pueblo que se vincula por su genealogía (sus recuerdos) y sus tradiciones sociales (comidas y matrimonios dentro del grupo), sin necesidad de un estado político independiente, sin territorio ni ejército. Así se ha extendido como «pueblo religioso de diáspora», disperso entre otros pueblos. Así ha podido estar y sigue estando en Europa (y no sólo en Europa), sin diluirse entre otros pueblos, pero sin querer conquistarlos.

Por el contrario, a partir del siglo VII d. C. (la Hégira es del 622, la conquista de La Meca del 630), los musulmanes se han configurado como una sociedad religiosa unitaria, donde lo religioso y lo político forman un todo indisoluble (al menos, en su forma histórica). Es evidente que el Islam tiene valores espléndidos, pero al no haber separado la sociedad civil de la religiosa ha quedado básicamente fuera de las fronteras del camino cultural y religioso de Europa donde, como hemos visto, la separación de poderes (político y eclesial, racional y religioso) ha terminado siendo algo básico. En ese sentido, tenemos que decir que, al menos de momento, muchos países de mayoría musulmana militante (Norte de África, Próximo Oriente), que antes fueron cristianos, han quedado de hecho, por ahora, fuera de Europa, mientras no asuman un tipo de libertad racional y religiosa, con una sociedad que de hecho funciona por sus propios principios racionales.

Evidentemente, también Europa ha vinculado religión y política. Muchos obispos, en especial en el oriente bizantino, asumieron poderes y honores políticos. El Papa de Roma (que desde el 375 aparece como *Pontifex Maximus*, heredero de los emperadores) ha sido una figura clave de la política europea. Pero siempre ha

seguido en el fondo la experiencia de los tres siglos primeros de separación entre sociedad civil e iglesia, de modo que el cristianismo europeo ha podido acabar distinguiendo sin traumas ciencia y fe, ilustración y religión, política e iglesia, vida social y vida cristiana, sin exigirle a nadie ser cristiano (ni religioso) para sentirse plenamente europeo.

El proceso ha sido largo y doloroso. En los siglos V al X d. C. los cristianos ofrecieron un proyecto alternativo de humanidad, mientras el gran imperio iba agonzando poco a poco, incapaz de ofrecer unas estructuras de convivencia y asistencia humana a sus millones de habitantes y a los «bárbaros» invasores o vecinos. Para realizar esa tarea, los cristianos crearon una comunidad mesiánica y social, abierta, por un lado, a todos (contra el judaísmo) y organizada, por otro, de un modo visible, social, pero sin tomar el poder, ni convertirse en portadores de un puro imperio sagrado. Asumieron las instituciones del entorno (religiosas y sociales, económicas y culturales, familiares y administrativas), pero, al mismo tiempo, buscaron una comunidad de convivencia humana sin necesidad de tomar el poder.

De esa manera, con las tensiones normales, a partir del cristianismo han ido surgiendo en Europa unas instituciones puramente racionales, de tipo jurídico y político, administrativo y económico, como señaló M. Weber. A lo largo de ese proceso quedaron fuera algunos grupos de tipo espiritualista radical, como los albigenses, en gran parte destruidos con violencia. Quedaron también fuera los exaltados milenaristas, que esperaban un fin del mundo por la fuerza. Se fue abriendo paso una Europa abierta al diálogo racional⁶. El Islam, en cambio, no ha establecido esas distinciones y separaciones, no ha desligado la vinculación política y social de la religiosa. Por eso, en su forma histórica, por lo menos hasta ahora ha quedado fuera de lo que llamamos Europa⁷.

6. *Papa y Emperador. Los dos poderes.* En este contexto se sitúa el despliegue y declive del poder social y espiritual del obispo de Roma. Existieron, sin duda, otros obispados que, en un momento dado, pudieron parecer más importantes en la historia del cristianismo, en especial en la parte oriental o bizantina (Alejandría y Antioquía, Jerusalén y Constantinopla); pero, mirada desde la perspectiva occidental, la historia cristiana pareció quedar en ellos como detenida en su gloria antigua. Por el contrario, tras la caída del Roma en manos de los bárbaros (476 d. C.), Occidente vivió un letargo mucho más fuerte, que se extendió hasta casi el siglo XI, de manera



que podemos hablar de una extensa y oscura Alta Edad Media de silencio (del 400 al 1000 d. C.); pues bien, a partir de entonces, desde el siglo XII, comenzó una brillante Baja Edad Media que desemboca en el surgimiento actual de Europa.

En ese tiempo fue emergiendo la sede patriarcal (papal) de Roma, que realizó una función de presencia animadora y guía en Occidente. Se había extenuado el imperio militar de Roma, pero quedó la Iglesia, que se sentía portadora no sólo del evangelio de Jesús, sino, también, de los valores sociales del imperio, con un Papa como signo y portador de unidad mundial (que de



hecho era europea). De esa forma, la Iglesia llegó hasta pueblos y lugares a los que el imperio no había llegado (hasta los países escandinavos y Rusia), ofreciendo su experiencia de evangelio a las nuevas naciones bárbaras que fueron naciendo de la ruina del imperio. El proceso de «romanización» de la iglesia occidental ha tenido valores y costes, ha sido, sin duda, más complejo y conflictivo, pero podemos tomarlo como referencia (no la única, pero sí importante) para la construcción de Europa.

Podemos situar idealmente la consolidación del Papado como institución en torno a la «reforma» del papa Gregorio VII (1073-1085), que supone un momento cumbre del proceso de unificación cultural y religiosa de Occidente, bajo la tiara de un Papa con autoridad indirecta, pero muy eficaz, sobre el poder civil, es decir, sobre los estados de Europa. Esa reforma culminó con Inocencio III (1198-1216), quien de hecho consideró al Papado como presencia personal de Dios sobre la tierra. Triunfó así una forma de política civil y religiosa de la iglesia romana; y el Papa vino a presentarse como Vicario de Cristo, con poder sobre su Estado Pontificio y con capacidad de arbitraje social y espiritual sobre príncipes y pueblos, como si fuera representante de Dios para la cristiandad (y en el fondo para la humanidad).

Pudo haber surgido así una Europa occidental unida bajo el Papa, entre el siglo XI y el XIV d. C. Pero esa

idea no pudo triunfar por dos razones. Por un lado, ella no podía apoyarse en el cristianismo en cuanto tal, sino en una visión muy sesgada del evangelio. Por otro el mismo evangelio al que apelaba el Papa, unido a la cultura romana y griega, daba autonomía política y racional a los reyes y, de un modo especial, al llamado Emperador Romano-Germánico (en la línea de los otones o enriques). En esa dualidad inquieta entre Papa y Emperador, entre príncipes y obispos, entre pueblos e iglesias, se encuentra en germen el futuro de Europa.

Ni el Papa pudo doblegar a los príncipes, ni los príncipes pudieron (ni quisieron) tomar el poder del Papa y de los obispos. Surgió así la división de los dos poderes, que se ha mantenido en gran parte de Europa hasta la Revolución Francesa. Lo que en un aspecto puede interpretarse como triunfo del Papado viene a presentarse en otro como principio de su decadencia, conforme a una serie de rupturas que iremos destacando. En ese sentido, podemos afirmar que el Papado ha contribuido al surgimiento de Europa, tanto en el aspecto positivo (en su despliegue), como en el negativo (en los rechazos y rupturas que ha suscitado).

El Papado no es el único representante cristiano de Europa (donde son esenciales los ortodoxos y protestantes), pero ha tenido y puede tener mucha importancia, siempre que sepa cumplir estas condiciones. Primero, que ofrezca y no imponga sus pretensiones religiosas o sociales. En segundo lugar, que admita en igualdad a los europeos ser cristianos. Y, por último, que, siendo de Europa (el Papa es Patriarca de Europa occidental), pueda ser puente para otras iglesias y religiones, destacando la vocación universal (siendo particular) de Europa⁸.

7. *Las primeras dos Europas. El «cisma» ortodoxo.* Las iglesias de Oriente mantuvieron unas relaciones bastante fluidas con la de Occidente, es decir, con el Papa de Roma, al que, en algún sentido, aceptaban como *primus inter pares* (primero entre iguales), considerándole incluso garante de unidad y ortodoxia para toda la cristiandad. Pero de hecho las diversas iglesias eran independientes, tanto en su administración como en su vida interna, manteniendo un tipo de «unidad colegial», como expresan los siete Concilios Ecuménicos, celebrados en Oriente (desde el 1º al 2º de Nicea, el 325 y el 787).

A partir del siglo IX las cosas cambiaron, cuando Roma empezó a recorrer un camino propio, con sus Estados Pontificios y su teología de unificación, como se mostró ya en las controversias de tiempos de Focio, Patriarca de Constantinopla (858-895). Las dos líneas

cristianas (y europeas) se fueron separando, por razones más sociales y administrativas que doctrinales (diferencias sobre el Espíritu Santo), de manera que, al final de un proceso de malentendidos y oposiciones, los representantes de Roma y de Constantinopla se excomulgaron mutuamente (el año 1054).

Éste fue el primer fracaso de un tipo de unidad religiosa y social de Europa. El nuevo Papado resultó incapaz de mantener la unidad cristiana con Oriente. Desde entonces, las iglesias y estados de cultura griega (ortodoxa) quedaron marginadas para la iglesia romana (de Occidente), de manera que surgieron dos Europas. La herida de la separación aumentó con las incursiones de los cruzados latinos (romanos) que, a lo largo de los siglos XII y XIII, con la bendición de unos papas convertidos en príncipes guerreros, queriendo conquistar Palestina de manos de los musulmanes, ocuparon amplias zonas del Oriente ortodoxo. Esa herida se ha mantenido hasta hoy, a pesar de los deseos de diálogo, manifestados por ambas partes.

Por eso, en un sentido extenso debemos recordar que sigue habiendo dos Europas, una de origen latino (católico) y otra de origen griego (ortodoxo), como lo ha mostrado de un modo sangriento la guerra de los Balcanes. En principio, esta división y pluralidad resulta positiva, pues proviene de la riqueza del evangelio y de la pluralidad de los caminos racionales y sociales. Ella ha permitido que las iglesias ortodoxas y católicas recorran unos caminos de creatividad cultural y de misión social. Pero es necesario que ésta sea una división para el diálogo y el enriquecimiento, no para la lucha ni el dominio de unos sobre otros.

La «cresta» de la ola europea ha pasado por los herederos de la iglesia de Roma (católicos y protestantes), pero resulta imprescindible recuperar la aportación y riqueza de la Europa ortodoxa (sobre todo en su forma eslava). Significativamente, en la nueva Europa unida ha entrado pronto Grecia, no sólo como país cristiano-ortodoxo, sino como uno de los signos de identidad original de Europa. Pero están a la puerta, con dificultades, otros países de tradición ortodoxa, desde Serbia a Bulgaria, desde Rumania hasta Ucrania. Y está, sobre todo, Rusia. Parece evidente que la división religiosa no es impedimento para la integración europea de esos países, pero sin un ejercicio fuerte de ecumenismo real ente católicos, ortodoxos y protestantes resultará difícil la unidad plena de Europa⁹.

8. *La Tercera Europa. Reforma protestante, guerras de religión.* Precisamente en el momento en que los países de

Europa occidental se elevaban y emergían, como potencia unitaria y múltiple, sobre el resto del mundo (desde el siglo XVI), el Papa dejó de ser vínculo de unidad religiosa, viniendo a convertirse en signo de disputa y división y hasta en foco de violencia entre los pueblos. Ciertamente, en el fondo de esa división había problemas religiosos, protestados por los reformadores (Lutero, Calvino...) y contestados por el Concilio católico de Trento (1545-1563). Pero la división fue en gran parte política¹⁰.

Los *protestantes* pusieron de relieve la libertad radical de cada cristiano y el principio de la sola gracia como única fuente de comunión universal entre los hombres, minusvalorando quizá las mediaciones sociales de las obras de unidad y servicio interhumano. Por su parte, los *católicos* acentuaron el principio de la tradición y la obediencia sagrada. Estas diferencias nos sitúan ante una problemática social que definirá la historia de Europa occidental (y de sus colonias, luego independizadas sobre todo en América) hasta el momento actual. Apoyados sobre un mismo evangelio, los diversos pueblos fueron incapaces de realizar una política coordinada y se dividieron, de manera militar y administrativa, en estados nacionales, siempre enfrentados, sin que ninguno de ellos (España, Austria, Inglaterra, Francia...) lograra el poder efectivo sobre los restantes, de manera que no hubo ya un imperio unitario, como el de Roma o como había querido el Sacro Imperio Romano Germánico de la Edad Media.

Ciertamente, los papas mantuvieron el ideal de la unidad social y religiosa de Europa (y del mundo), pero fueron incapaces de promoverlo de un modo activo y realista (respetando y potenciando la diversidad de opciones sociales y religiosas), de manera que se encontraron implicados en las guerras de religión (siglos XVI y XVII), que desembocaron en la Paz de Westfalia (1648), que ratificó la división. Surgió así de hecho una Europa «federada» inquieta y múltiple, pacífica y guerrera, de pueblos soberanos, con varios centros (los ya citados, más Prusia y Holanda, Italia y Portugal, Polonia y Suecia, Lituania y Rusia), siempre cambiantes. Esta situación ha tenido riesgos, pero también la gran ventaja de suscitar un tipo de unidad no impositiva entre los pueblos, sin imperio central ni dictadura de un grupo, en diálogo incesante y realista entre los varios centros de poder.

En este contexto de pluralidad debe situarse el cristianismo. Las guerras de religión del XVI y XVII culminaron en Westfalia, con la mejor paz posible: una paz laica, independiente de las opciones religiosas de los diversos países. Algunos obispos católicos y otros pastores protestantes hubieran seguido luchando, para defender su

verdad dogmática. Pero se impuso la verdad práctica de la multiplicidad y de la tolerancia, mucho más en concordancia con las raíces cristianas de Europa. Quizá podamos decir que lo más cristiano ha terminado siendo la renuncia a toda imposición cristiana, a toda victoria de un grupo religioso sobre otros. Esta experiencia de la paz racional de Europa (cristiana en su raíz), que consiste en no imponer ninguna religión, está tardando en cumplirse, de manera que han podido darse guerras religiosas en el mismo siglo XX: la de España (1936-1939), las de Irlanda o los Balcanes (hasta casi el 2000). Pero podemos y debemos esperar que no vuelvan más, sino que triunfe una tolerancia activa (también con otras religiones, entre ellas el Islam)¹¹.

9. *Ilustración racional, la religión de la razón.* Los caminos anteriores han desembocado en la Ilustración, centrada en los siglos XVIII y XIX, en los que Europa ha asumido un proyecto de racionalidad consecuente, en el plano intelectual (filosofía, ciencia) y en el plano práctico (moralidad, política, administración social, economía). Sólo los pueblos que asuman de un modo libre ese proyecto pueden integrarse en nueva identidad europea. Las grandes iglesias (católicas y protestantes) habían perdido su legitimidad política al querer avalarla con las armas. Por eso, ahora quedan expulsadas, como tales iglesias, del proyecto social y económico, político y militar de los pueblos de Europa, llamados a defender de manera puramente racional sus intereses, sin apelar a Dios.

Católicos y protestantes no habían logrado establecer la paz desde su fe y así descubrieron el peligro de una religión absolutizada como principio de poder. Por eso buscaron una paz más allá de la religión y pudieron buscar la verdad de la religión en otro plano, fuera de la lucha política inmediata y de la guerra. Aquello que no había conseguido el Dios de Iglesia debería conseguirlo el Dios de la Razón. En ese contexto, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, muchos pensaron que la razón era más cristiana que las mismas iglesias, de manera que ella podía abrir caminos de diálogo allí donde las confesiones eclesíásticas habían fracasado.

Los antiguos habían podido esperar en un Dios que impone su paz desde fuera (milenarismos de los siglos XII hasta el XVII) o habían identificado la paz con el triunfo de la propia confesión religiosa (católica o protestante). En contra de eso, los nuevos ilustrados prescindían de un Dios exterior, y exploran de un modo consecuente la razón humana como si ella fuera el único Dios efectivo, el único principio de pacificación sobre el mundo. Ése ha sido un proceso que, según Marx, ha

culminado en Feuerbach, con su *Esencia del Cristianismo*. Los europeos (partiendo en realidad del mismo cristianismo) han rechazado todos los «ídolos» propios (cristianos) o ajenos (judíos, musulmanes o paganos), para buscar sólo en la razón la respuesta a los problemas. Ellos no tienen más Dios teórico y práctico que la razón, de manera que deben resolver a ese plano sus problemas.

En ese contexto se inscribe la «nueva paz de Europa», fundada en la pura razón. Quizá podamos añadir que, en esta línea, sólo pueden llamarse europeos aquellos que, proviniendo de orígenes distintos (sobre todo cristianos), han descubierto que no tienen más Dios fáctico que la razón, ni otra forma de resolver sus problemas que el diálogo racional, donde se sopesan los intereses de todos, como quiso Kant, que ha sido, quizá, el primer europeo que ha promovido la creación de una federación independiente de pueblos, partiendo de la razón común y de los intereses de todos. A su juicio, los buenos ilustrados de Europa, en el fondo postcristianos, pueden superar ya, por pura razón, los enfrentamientos anteriores, las luchas religiosas, las guerras entre naciones, buscando de esa forma un bien común, que se identifica con el bien de cada uno de los pueblos, que colaboran entre sí, por egoísmo altruista, formando el único mercado de Europa (del mundo).

Estos ilustrados piensan haber descubierto su lugar en el mundo: han llegado a la meta de su historia y así pueden vivir ya en estado de *paz perpetua*, sobre el equilibrio de los intereses de todos. Éste fue el sueño de Kant que, de alguna forma, seguimos manteniendo. Pero en su fondo había varios problemas no resueltos. Ésta no era una paz de Europa en el mundo, sino una paz de Europa sobre el mundo. Además, ésta era una paz que tendía a centrarse en el mercado, pero los hombres son más que producto de mercado y la paz implica elementos de encuentro personal y grupal, de modo que en ella influyen elementos religiosos y afectivos, artísticos y éticos. Finalmente, la paz de Kant dejaba a los hombres en manos de la lucha económica y terminaba convirtiéndose en imposición de los más fuertes o del sistema, como ha ocurrido en el fondo con el neoliberalismo¹².

10. *Ilustración revolucionaria. ¿Un mesianismo europeo?* El proyecto de Kant se inscribe en un entorno más amplio de revoluciones, que marcan, de modo muy especial, la identidad de europea, tras el Renacimiento del XV y XVI, la Reforma protestante y las guerras de religión. Primero, el concepto de *Revolución ilustrada*, centrada en los siglos XVII-XVIII, que pone de relieve la autonomía y unidad de la razón humana, sobre todas las diferencias

religiosas. Luego el de *revolución científica*, que empieza en los mismos siglos y aplica la matemática al conocimiento y dominio de la realidad. En tercer lugar *la revolución técnica e industrial*, iniciada sobre todo en Inglaterra, en el siglo XVIII, que aplica la ciencia a la organización del trabajo y a la producción de bienes materiales. En cuarto lugar *la revolución burguesa*, cuyo ejemplo central fue Francia, de finales del siglo XVIII, que superó el viejo orden sagrado de la sociedad y racionalizó las relaciones sociales. Y, por último, *la revolución capitalista* que asume, de algún modo, los elementos anteriores y los aplica, ya en el siglo XIX, a la organización unitaria del trabajo y de la división social, en función del capital.

Estas revoluciones marcan la novedad de Europa, como lugar en el que se ha desplegado *la modernidad*, para expandirse después a otros, como a USA, donde ha logrado imponerse incluso con más fuerza. Sólo aquellos pueblos que asumen de algún modo esas revoluciones, o que reaccionan de manera racional a sus problemas, pueden formar parte de Europa, siempre que respeten la pluralidad de base y no quieran convertirse en un único imperio sobre el resto del mundo. En ese mismo contexto, quisiera evocar la importancia de la revolución marxista ejemplificada por el comunismo, que muestra otro rasgo de Europa.

En un sentido extenso, la revolución más importante de Europa (y del mundo) ha sido la que ha conducido al surgimiento del capitalismo; en ese sentido, debemos confesar que el surgimiento de Europa parece inseparable de la libertad burguesa y de la libre economía de mercado. Pero quiero añadir que la revolución marxista, ensayada de un modo intenso en casi todo el oriente de Europa, a lo largo del siglo XX (sobre todo en Rusia y en zonas más ortodoxas), aunque fracasada, constituye un punto de referencia necesario para entender el surgimiento y despliegue posterior de la unidad europea. Ciertamente, esa revolución no ha logrado unificar a los pueblos de Europa (y del mundo) partiendo de la superación de la propiedad privada y de la explotación del hombre por el hombre. En lugar de eso, ha suscitado unas dictaduras de partido (o de Estado), desgajadas de la libertad y pluralidad cristiana. Pues bien, ahora que ese modelo ha fracasado, es bueno evocar el «principio marxista» de Europa, con la necesidad de *justicia social y solidaridad*, por encima del puro interés del mercado y del capitalismo.

La Europa de los muchos pueblos, construida sobre unos fondos cristianos, vinculados a la racionalidad griega y a la ley romana, sólo podrá seguir siendo un lugar donde merece la pena vivir y crear, si es que puede

ofrecer al conjunto de los europeos unas condiciones básicas no sólo de libertad y fraternidad, sino también de igualdad dialogal. Nos hallamos en un momento delicado de interacciones y cruces, donde no sólo es necesario el diálogo entre el Norte (más protestante) y el Sur (más católico), sino el diálogo entre el Oeste (más abierto hacia América) y el Este (más vinculado a la tradición ortodoxa). La revolución marxista fracasó, porque no fue capaz de ofrecer estímulos de libertad. Pero Europa sólo podrá ser lo que es (un laboratorio privilegiado de humanidad) si potencia el diálogo entre sus diversos pueblos, sin imposición de unos sobre otros. En este plano nos parece absolutamente fundamental la aportación ilustrada de la razón, que supera toda política sagrada (el posible fundamentalismo religioso de algunos musulmanes y el posible fundamentalismo imperial de algunos norteamericanos).

Ese espacio europeo de humanidad y diálogo sólo será posible también si se mantienen los ideales de libertad, igualdad y fraternidad de la primera revolución burguesa y allí donde se quiere superar la plusvalía imperial y militarista de un tipo de capitalismo que quiere imponerse sobre el mundo entero. Allí donde ese tipo de capitalismo triunfa, olvidándose de la pluralidad y libertad de los pueblos y, sobre todo, de la función humana de la economía, al servicio universal, Europa se destruye, convirtiéndose quizá en una colonia o apéndice del gran imperio (que tiende a ser USA). Ciertamente, Europa necesita potenciar su creatividad, pero ha de hacerlo siguiendo un modelo distinto al del sistema-imperio, si es que quiere mantener su vitalidad, su aportación, sus ideales. En esa línea me parece importante el viejo legado de sus clásicos (Israel, Grecia y Roma) asumidos quizá de un modo nuevo (no negados) por un cristianismo que destaque la libertad, la justicia y el diálogo social.

En este contexto podemos y debemos abrir un espacio para otros grupos, y de un modo especial para los judíos, actuales si es que ellos quieren ser europeos, pero de un modo diferente, con su propia identidad mesiánica. Europa no puede ser una entidad centrada en un único foco (un Papa, un Emperador, un Capital), sino que sus instituciones y estilos de vida deben ser multicéntricos, de manera que su unidad sea unidad dialogal, abierta, como Marx quería (aunque de un modo distinto) a los que son diferentes (emigrantes, minorías) y a los que en una sociedad puramente capitalista serían sólo «proletarios y expulsados».

En otros momentos se ha podido pensar que las estructuras jerárquicas unitarias son signo de verdad (de lo divino). En otros lugares, quizá en USA, se puede

seguir pensando que el criterio de libertad es la capacidad de competir, conforme a unas leyes de mercado que están de hecho al servicio de los triunfadores del sistema. En contra de eso, la identidad cultural de Europa ha de estar en la creación de espacios abiertos, en los que exista un lugar para grupos muy diferentes, sin que ninguno pueda imponerse sobre los demás. Europa no quiere ser un museo de tradiciones, ni un mercado para los más hábiles, sino una casa grande donde siempre han cabido y ahora caben personas y grupos de origen diferente (desde los antiguos inmigrantes gitanos a los nuevos de África, Asia o América), siempre que acepten la mutua diferencia, en forma dialogal (no de imposición de algunos).

Por eso es bueno que ningún grupo domine a los otros (ni el alemán, ni el inglés, ni el ruso), para que todos, incluso los más pequeños, puedan mantener su identidad. Los grandes estados nacionales podrán seguir cumpliendo alguna función, pero a condición de que ninguno pueda, ni quiera, imponerse sobre los demás, ni dentro ni fuera de las pretendidas fronteras nacionales, que podrán cambiar en el futuro sus funciones y sus dimensiones. Eso significa que Europa ha de ser un lugar donde tenga igual peso y cabida el maltés y el letón o chipriota, con su pequeño Estado, que los posibles judíos, gitanos o galeses, quizá sin Estado. Eso significa que Europa será un lugar donde las identidades estatales perderán gran parte de su función, de manera que los diversos grupos, mayores o menores, puedan mantenerse en un diálogo en el que nadie quiera imponerse sobre nadie. Lo más contrario a Europa es un fascismo nacionalista como el de Hitler, un marxismo soviético como el de Stalin o un tipo de capitalismo que impone su dictado sobre todos.

Sólo de esa forma, en libertad dialogal, los diversos países de la vieja Europa que han conquistado, colonizado y misionado medio mundo (españoles y portugueses, franceses e ingleses, holandeses, rusos y alemanes...) podrán seguir siendo un lugar de referencia y diálogo para otros países y culturas del mundo. En ese sentido, estoy convencido de que Europa debe conservar su identidad frente al imperio (USA) y fundarla en bases culturales de paz, racionalidad y revolución social. No puede empeñarse en imponer el cristianismo a los que quieran ser Europa, pues lo cristiano se sitúa en otro plano (de gratuidad y comunicación universal), pero tampoco puede aceptar a pueblos o estados que no se comprometan a respetar y crear espacios de libertad dialogada, en plano social y religioso. Esta Europa que ha dado al mundo la modernidad (ilustración, ciencia, democracia...), ya no es como antes (en los siglos XVI al XIX) la potencia o potencias rectoras del mundo. Por su

propia identidad (y por la fuerza de los hechos) ella tiene que admitir a su lado otras grandes unidades políticas, económicas, culturales y sociales, que han aprendido mucho de ella, pero que son ahora independientes (USA y China, bloque musulmán, India, Lejano Oriente...). Es muy posible que la flecha del futuro no pase ya directamente a través de Europa, como dicen sobre todo los analistas de USA, pero estoy convencido de que su aportación cultural y religiosa puede seguir siendo muy importante.

11. *Conclusiones.* He venido ofreciendo algunas conclusiones en cada apartado, destacando así, desde el punto de referencia cristiano, algunos rasgos de Europa: presencia judía, herencia griega y romana, misión cristiana, rechazo de la identidad entre política y religión, división de poderes. He puesto luego de relieve las divisiones europeas entre católicos, ortodoxos y protestantes, destacando la importancia de la Ilustración racional y las grandes diversas revoluciones. En ese contexto he presentado la posible misión o tarea de Europa en perspectiva religiosa. Sólo de forma indicativa quiero añadir unas breves conclusiones:

1. *Los europeos somos griegos y no lo somos.* En el fondo de nuestra identidad está Sócrates, pero también los profetas de Israel. Venimos de los dioses griegos, pero también del Dios sin imagen de la tradición judía. Sin la pasión griega por el razonamiento y la claridad no seríamos europeos; pero tampoco lo seríamos sin la pasión de universalidad gratuita que ha destacado san Pablo.
2. *Somos romanos y no lo somos.* Sin el Derecho romano no habríamos existido. Pero, en contra de Roma, no queremos edificar un nuevo imperio social y/o religioso sobre el mundo entero, sino mantener un equilibrio dialogado, abierto a los diversos pueblos que forman Europa. En esa línea nos pueden servir de modelo hombres como Francisco de Asís y Teresa de Jesús, lo mismo que Erasmo y Lutero, Juan de la Cruz o Goethe, defensores del amor y de la libertad humana.
3. *Somos múltiples y queremos serlo.* Nos fascina un tipo de unidad religiosa antigua del Papado (en el mejor momento de la teoría de los dos reinos), pero la que nosotros buscamos ya no es ésa. No es la unidad religiosa con un centro una periferia, sino la unidad con muchos centros, en una línea que a nuestro juicio responde a los caminos e ideales de Jesús de Nazaret.

4. *Podemos seguir siendo cristianos, pero sin imponer confesionalmente la religión.* No queremos que en la definición de Europa se incluya una referencia cristiana como signo de poder o de supremacía de una verdad sobre las otras. Si Europa quiere ser cristiana ha de serlo sin decirlo, sin que los no cristianos (judíos, musulmanes o no creyentes) se sientan discriminados. Como hemos visto, lo cristiano de Europa acaba siendo un diálogo en el que caben todos, sin exclusión de nadie, de manera que quizá es mejor no decir que Europa es cristiana, para que pueda serlo, si quiere.

5. *¿Hay unos límites religiosos de Europa?* En un sentido no puede haberlos, pues lo propio de la historia de Europa ha sido que el cristianismo vaya perdiendo su carácter impositivo, para conservarse sólo en su plano racional (de libertad de pensamiento) y social (de apertura a todos). Por eso, la forma de ser cristiano en Europa es ofrecer o, mejor dicho, reconocer espacios de igualdad real a todos los distintos: no creyentes y los musulmanes, budistas, hindúes o judíos... Todos caben en Europa, con tal de que acepten su historia múltiple de separación de poderes, de respeto social, de no imposición...

6. *¿Una nueva religión europea?* El lector advertirá que no he querido destacar los momentos más negros del cristianismo europeo (conquistas y conversiones forzadas de paganos, inquisición y guerras religiosas, caza de brujas, antisemitismo y cruzadas...), sino aquellos que son más positivos. Quizá en esa línea podrá surgir un nuevo descubrimiento cristiano en Europa, aunque es muy posible que sean otros países más pobres e ingenuos, más creadores (Asia, América o África) los que descubran el potencial cristiano. De manera convergente, pero inversa, es posible que los portadores de otras tradiciones religiosas (los budistas, los musulmanes) descubran en Europa los valores de sus propias religiones, en línea de libertad, pluralismo y compromiso a favor de los más pobres.



NOTAS

1 Nos situamos así dentro del *cristianismo de Occidente*, donde el evangelio de Jesús ha recibido el impacto griego y romano, y dejamos fuera de nuestra perspectiva aquellas comunidades cristianas que han surgido en otros contextos: me refiero, sobre todo, a la iglesia copta y etíope, siro-araméa y persa, que han trazado unos caminos cristianos distintos, en algún momento muy florecientes (como la cristiandad aramea, en su forma nestoriana). Aquí he destacado sólo en el cristianismo «imperial», tal como nosotros lo conocemos, vinculado al imperio de Roma, en su forma occidental y oriental, latina y griega. Ese cristianismo, del que son herederos tanto los católicos como los ortodoxos y protestantes, se ha configurado como Iglesia, a partir del siglo III, en diálogo con otros grandes principios del mundo occidental, como iremos destacando.

2 He planteado las relaciones entre judaísmo y cristianismo en *Sistema, Libertad, Iglesia*, Madrid, Trotta 2001. La problemática política y social del judaísmo en la historia de Europa fue discutida por Bruno Bauer en su trabajo, *La cuestión judía* (1843), al que respondió K. Marx con su opúsculo clásico, titulado también *La cuestión judía* (1843), que sigue siendo fundamental para entender el tema. Sólo superando el antisemitismo más duro de su historia, Europa podrá ser lugar de convivencia abierta para otros pueblos, como iremos señalando. En ese sentido, la cuestión del Estado de Israel, donde se mezclan los intereses de cierto judaísmo sionista con los de USA y el mundo musulmán (y los intereses de los judíos europeos) seguirá siendo un momento importante y conflictivo para la construcción de Europa.

3 La relación entre helenismo y cristianismo en el surgimiento de Europa ha sido estudiada de un modo clásico por los filósofos y teólogos alemanes de hace un siglo. Entre ellos sigue siendo básico A. HARNACK, *Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten*, Leipzig 1924. La opción por el helenismo, sobre todo por su filosofía, significó el rechazo de una magia y mística oriental y la superación del culto de las grandes diosas madres (Isis, Cibele) con los dioses cósmicos (Mitra) que parecían imponerse en el imperio.

4 Entre los últimos que han tratado este tema, cf. JEAN-CLAUDE ESLIN, *Dieu et le Pouvoir. Théologie et Politique en Occident*, Seuil, Paris 1999; R. STARK, *El Auge del Cristianismo*, Barcelona, A. Bello 2001. Para un estudio de las relaciones entre la administración romana y la cristiana, cf. H. VON CAMPENHAUSEN, *Ecclesiastical Authority and Spiritual Power*, Hendrickson, Peabody MA 1997; A. FAIVRE, *Naissance d'une hiérarchie*, Beauchesne, Paris 1977; íd., *Ordonner la Fraternité. Pouvoir d'innover et Retour à l'ordre dans l'Église ancienne*, Paris, Cerf 1992.

5 Aquí no planteamos el tema de las conquistas militares y de las misiones cristianas de Europa, sobre todo en América, pero también en Asia y África, pues el tema es complejo, muchas veces doloroso, y debe ser tratado de un modo más preciso. Aquí tratamos, en el fondo, sólo de la misión evangelizadora de Europa, del siglo IV al XII o XIII. Las valoraciones de ese fenómeno pueden ser distintas, como es distinto el grado de penetración del influjo griego y romano en Italia y Noruega, en Rusia y en Atenas, pero hay algo común: un sustrato cristiano, que ha logrado expresarse a través de formas culturales diferentes. En ese sentido podemos afirmar que Europa ha nacido desde el principio como una unidad múltiple, hecha de la simbiosis de diversos fermentos y herencias, en un vaso cristiano. Desde ese fondo debemos superar una visión «monolítica» y mesiánica de Europa, que de Descartes a Hobbes, de Kant a Hegel y Marx, ha tendido a identificar la verdad con su verdad, la racionalidad con su racionalidad. Europa mantendrá su identidad en la medida en que siga naciendo a través de un «contagio» cultural en el que la unidad va unida a la diversidad, en la medida en que ella sea capaz de ofrecer un testimonio creador de humanidad, sin violencia ni imposición militar, en el concierto de los pueblos y culturas del mundo.

6 Sobre los grupos milenaristas. D. D. WEST (ed.), *Joachim of Fiore in Christian Thought - Essays on the Influence of the Calabrian Prophet*, Burt Franklin, New York 1975; M. REEVES, *Joachim of Fiore and the Prophetic Future*, SPCK, London 1976; B. MCGINN, *The Calabrian Abbot, Joachim of Fiore in the History of Western Thought*, New York, Macmillan 1985. Estudio crítico en H. DE LUBAC, *La posteridad espiritual de Joaquín de Fiore, I-II*, Madrid, Encuentro 1989. Visión de conjunto en N. COHN, *En pos del Milenio*, Madrid, Alianza 1997. Valoración filosófica en E. TRÍAS, *La Edad del Espíritu*, Barcelona, Destino 2000, pp. 272-279.

7 Por eso, estrictamente hablando, no existe un Islam europeo. Ciertamente, el Islam ha tenido un gran poder, con momentos de cultura espléndida, desde Córdoba a Damasco, del Cairo a Bagdad. Pero allí donde el Islam se ha establecido de forma permanente (Norte de África y Turquía, Siria y Mesopotamia) lo que podía haber sido Europa ha dejado de serlo. Es evidente que las puertas no están cerradas, que el Islam puede realizar cambios importantes, en línea de libertad religiosa y separación del poder o espacios de vida (religioso y político). Pero, hoy por hoy, en sus formas «islamistas» el Islam parece alejado de Europa, de donde tuvo que salir no sólo por las victorias militares de los reinos cristianos de España y Austria, de Serbia y Rusia, sino también por la dificultad de unirse desde Ucrania hasta España. He tratado del tema en *Monoteísmo y Globalización*, Estella, Verbo Divino 2002 y en *Las Grandes religiones. Historia y actualidad*, Madrid, Tempora 2003. He aludido a M. WEBER, especialmente a sus *Ensayos de sociología de la religión I-III*, Madrid, Taurus 1987.

8 El obispo de Roma fue adquiriendo un inmenso poder sobre la ciudad y su entorno, de tal manera que a la caída del Imperio Romano de Occidente (año 476) se convirtió de hecho en la máxima autoridad, bajo dominio alternativo de bizantinos y godos (ostrogodos, lombardos), hasta que los reyes francos, Pipino y Carlomagno (a partir del 756 d. C.) «liberaron» a los papas del dominio bizantino-godo y les concedieron una autonomía real, como señores políticos y gobernantes sobre un territorio variable, pero significativo en el centro de Italia, e incluso en Francia. Los papas aceptaron el poder civil, haciéndose en la práctica «reyes», para salvaguardar su independencia religiosa, y así fueron reconocidos de hecho por los reinos y estados de Occidente, hasta 1870 en que el Estado Italiano conquistó por la fuerza los Estados Pontificios.

9 Introducción histórica en Y. M. CONGAR, *La conciencia eclesiológica de oriente y occidente del siglo VI al XI*, Barcelona, Herder 1963. Visión general de la Europa ortodoxa, con bibliografía en K. CH. FELMY, *Teología Ortodoxa Actual*, Salamanca, Sígueme 2002.

10 El sureste de Europa había caído bajo los turcos; el noroeste (Rusia, Ucrania) se mantenía alejado de los centros de poder, en una Edad Media alargada. Mientras tanto, los países de Europa occidental, revitalizados por el Renacimiento, los descubrimientos geográficos (Asia, América), el surgimiento de los estados nacionales y las nuevas técnicas científicas, se dividieron en tres o cuatro centros de poder: el grupo latino del sur, fiel al Papa; el grupo germano, dividido por la Reforma protestante; el anglosajón, que iniciaba una gran expansión colonial; el francés, fiel al Papa, pero con una política autónoma.

11 Sobre el influjo de las guerras de religión en la teodicea europea, cf. W. PANNENBERG, *Una historia de la filosofía desde la idea de Dios*, Salamanca, Sígueme 2001, pp. 160-163; J. A. MARTÍNEZ CAMINO, «De las guerras de religión al ateísmo moderno. Una tesis de W. Pannenberg», *Misc. Comillas*, 47 (1989), pp. 157-179. En este contexto podemos recordar la historia sangrienta de las persecuciones religiosas, vinculadas por un lado a la Inquisición y, por otro, a los diversos tribunales de pureza de fe y raza, entre católicos, judíos y protestantes, como ha mostrado J. DELUMEAU, *El miedo en Occidente. Siglos XIV-XVIII*, Madrid, Taurus 1989.

12 La obra clave de KANT sigue siendo: *La paz perpetua*, Tecnos, Madrid 1985. Cf. M. HOWARD, *La invención de la paz. Reflexiones sobre la guerra y el orden internacional*, Barcelona, Salvat 2001.